

OPERA BUFA MIRA A MONCADA

EL EX-PRESIDENTE MONCADA A QUIEN ENTREVISTAMOS EN 1936

Visto por la primera vez el General Moncada parece yankee. Pero al fijarse en él más detenidamente se comprende que ningún yankee puede tener esa expresión en el rostro. Esos pliegues recios, movibles y amargos de la piel pertenecen a tejidos cuyas células han estado luchando por milenios contra algo. Esas arrugas, esa expresión, solo se encuentran en algunos caballeros castellanos de los cuadros del Greco. Moncada es uno de los poquísimos nicaragüenses actuales que conservan en el físico algo de los conquistadores españoles. Pero es un conquistador renegado, convertido en fanático discípulo de Fray Bartolomé de las Casas y de todos los curas violentos que en América sostuvieron la causa de la libertad a punta de sermones políticos y de motines eclesiásticos. Más que Presidente de la República, debió haber sido Arzobispo de Nicaragua. Pero desgraciadamente es un cura laico, que se imagina que la sotana es una cárcel. Ignora que la sotana es una bandera.

Con lo que tiene de resuelto, de sutil y de intransigente —de hombre de acción, de letrado y de eclesiástico— este hombre parece una mezcla de Hernando de Contreras, del Licenciado Castañeda y del Obispo Valdivieso.

La juventud está dividida respecto a Moncada. Los jóvenes de Occidente tienen de él una idea legendaria semejante a la idea que tiene el propio Moncada sobre Pedrarias Dávila. Lo odian porque lo admiran demasiado y no es ni quiere ser Occidental. No le perdonan que haya subido al poder para hacer posible la subida de los leoneses y que haya bajado del poder para hacer posible la bajada de los leoneses. Piensan que si no fuera por Moncada continuarían para siempre en el mando. Los Camisas Azules son moncadistas violentos que se ignoran. En un tiempo entronizaron a Moncada como el único enemigo digno de ellos. Decretaron sanciones contra él porque lo creían el único viejo suficientemente caracterizado para dar importancia a su campaña contra los viejos. Escribieron sobre él artículos de alabanza, disfrazadas de injurias. Los Camisas Azules fusilarían

a Moncada con devoción y entusiasmo con una salva de fusilaría. Y luego rendirían a su memoria un culto secreto como el que rinden los japoneses a las divinidades infernales que Secundan la tierra negra y las raíces de los árboles.

Los jóvenes proletarios a quienes Manolo Cuadra enseña la poesía viviente y el lujo de la pobreza, han hecho de Moncada el modelo acabado del maquiavelismo capitalista y lo maldicen a cada paso con jaculatorias secretas compuesta por la Comisaria Literaria del P. T. N., que nunca conoceremos los hijos de burgueses. Nosotros hemos tenido siempre viva curiosidad y extraña simpatía por Moncada. Nos atrae su temperamento, su espíritu anti-parlamentario. Pero lo creemos un hombre demasiado orgulloso para confesar que la experiencia le grita que todos los principios filosóficos, sociales y políticos de que está llena su cabeza no valen nada.

Tal vez lo sabe en el fondo y su talento penetrante le ha hecho comprender por dónde va la verdad en cuestiones de Estado, pero le tiene miedo al pueblo como viejo demócrata y prefiere decirle una cosa y hacer otra. Nosotros sabíamos los esfuerzos que hizo para quedarse en el poder. Comprendimos que tenía el sentido de la duración y que creía, con Macauley, que el primer deber de un gobierno es durar. Pero un día publicó cartas y documentos para mostrar al pueblo que nunca tuvo intenciones de quedarse un día más en el poder.

Ahora, no nos extraña ver a Moncada sincera y abiertamente al lado del Gral. Somoza. Creemos que el ex-presidente y antiguo combatiente desea de veras y está dispuesto a hacer todo lo que está de su parte para que llegue a la presidencia Este hecho, nos ha puesto en contacto con el hombre y nuestra curiosidad por él ha renacido.

Nos parece un hombre raro y pintoresco. Diríamos interesante, si su amarga ironía y su actitud continuamente desdeñosa no lo hicieran difícil de abordar.

Ayer, lo visitamos en su casa particular. A media cuadra del Campo de Marte. Fuimos a interrogarle sobre el momento político, seguros de que nos hablaría únicamente en el terreno de los principios, proponiendo y resolviendo los problemas a la sola luz de la razón sin entrar en los misterios

psicológicos de la política práctica. De todos modos siempre es muy útil conocer la argumentación de Moncada porque sus raciocinios tienen gran fuerza lógica y claridad.

El gusto de transmitirlos al público, pensábamos, bien vale unas cuantas ironías a costa nuestra. Influidos por la idea que todos más o menos tenemos del Gral. Moncada, esperábamos ser abundantemente obsequiados de epigramas, de frases Anidas y punzantes y salidas ingeniosas y agridulces. Pero no fue así.

Cuando llegamos acompañados de Don. José Frixione, el Gral. Moncada nos recibe con amabilidad.

—Los señores de "Ópera Bufa". — Si, general, venimos a solicitarle una entrevista.

— Me hubiera gustado que me sometieran un cuestionario para responderlo sin apresuramiento — nos dice como seguro del valor de sus palabras y temeroso de no reconocerlas-- Uds. son amigos de profundizar demasiado en las cosas.

—Si Ud. no lo desea, general, no profundizaremos. Únicamente quisiéramos conocer su apreciación general del momento político.

Enseguida se ve que el Gral. Moncada está de un humor plácido, complaciente, dispuesto a examinar las cosas con seriedad y elevación. — No se parece mucho ahora a las otras imágenes de Moncada que uno lleva consigo, ni al Monead & barroco y pintoresco de que hablábamos al principio, ni al atareado banderillero verbal que nos pensábamos encontrar.

Con un poquito menos del desdén habitual, congénito tal vez, quizás involuntario, que hay en su aire, en su expresión, en la posición ligeramente ladeada de su cabeza, lo encontraríamos sencillo y campechano como todo hijo de vecino. Hasta encontraríamos sinceras sus palabras — claras llanas y bien pensadas-- si no fuera porque las dice con cierto tono reposado y dogmatista de viejo fraile que explica a los novicios de su orden algún tratado de Santo Tomás de Aquino. Hábito que seguramente le ha quedado desde los tiempos en que fue maestro de escuela y que adquirió más elegancia y presunción cuando fue maestro de políticos en la Cátedra

Presidencial. — Para que puedan —nos dice como citando un texto de los Santos Padres-- para que puedan arreglarse las cosas pacíficamente, es necesario que el Congreso convoque a una Asamblea Constituyente. La Asamblea podrá elegir al futuro Presidente. Para esto es necesario, sin embargo, que el pueblo al elegir a la Asamblea Constituyente, le dé expresamente la facultad de elegir al Presidente porque esta facultad incumbe al pueblo soberano.

— He escrito constantemente que desde el tratado Bryan-Chamorro que vulnera nuestra soberanía, la Constitución quedó reformada, y que se puede convocar la Asamblea Constituyente. Sostengo además que el decreto del Congreso de facto del año veintisiete es valedero y que por lo tanto también se puede, fundándose en él, disolver el Congreso y convocar la Asamblea Constituyente.

—Si se quiere —agrega, después de una ligera pausa-- conocer realmente la voluntad del pueblo y fundarse en la soberanía popular no queda más recurso que la constituyente. Solo así el pueblo quedará satisfecho porque podrá elegir sus autoridades.

— Tal es, General —le decimos nosotros—. La situación vista a la luz de los principios democráticos. Eso es lo que debería hacerse conforme a la doctrina oficial de la política de la República pero ¿cuál es la situación prácticamente considerada? —Por un lado —nos contesta, tenemos al poder ejecutivo y al señor Presidente de la República que persiguen ciertos intereses políticos. Por otro lado el ejército y su jefe el General Somoza, candidato a la Presidencia que persigue otros intereses políticos.

Este conflicto no puede resolverse de una manera satisfactoria si no es consultando la voluntad popular. — Entonces, por qué no se consulta al pueblo por medio de un plebiscito?, le preguntamos. — Parece, nos dice, que los sostenedores de la política del ejecutivo temen que la popularidad del General Somoza, gane cualquier plebiscito y posiblemente quieren sacar a algún otro candidato a quien quizá el pueblo no conoce. A propósito de esto, debo decir, que las nominaciones candidaturales deben ser hechas según la ley electoral en los primeros días del mes de Agosto. Ahora bien, no hay hasta ahora candidato liberal ni candidato conservador que esté en

posición de lanzarse con garantía a su propaganda. Cuando sean nominados los candidatos ya será muy tarde para hacer una propaganda que alcance realmente a toda la masa de los votantes. Siempre se hará pues una imposición al pueblo porque le cogerán por sorpresa.

— Decía usted general, que hay un conflicto de tendencias políticas ente los seguidores del ejecutivo y los del General Somoza. ¿No podría resolverse este conflicto por un acuerdo privado entre el General Somoza y el Presidente?

— Nunca puede haber acuerdo entre políticos que representan tendencias diferentes. Tampoco puede haber un acuerdo privado porque el pueblo es el llamado a decidir. Debe consultarse al pueblo sobre este conflicto. Creo además que el General Somoza perdería sus prestigios si tratara de cederlos a un candidato escogido por una minoría.

— Pero, le preguntamos— tal como van las cosas ahora ¿creé usted que vayan en camino de solución pacífica? —Sí— contesta con una sonrisa llena de malicia— a Dios rogando y con el mazo dando!

El fotógrafo ha tomado una foto de los presentes. Al general lo espera la visita de don Rafael Iglesias, hijo del ex presidente Iglesias de Costa Rica.

Nos despedimos pensando que el general Moncada esconde en la curiosa protuberancia que adorna su cabeza, pensamientos más prácticos y más precisos que los que se ha dignado comunicarnos. Esa curiosa protuberancia debe intrigar bastante a los frenólogos políticos. Nosotros nos conformamos con decir que se parece mucho a la protuberancia occipital que tiene en la cabeza Daladier, el más inquieto, el más temido y el más nefasto de los políticos franceses. ! Pero la frenología es una ciencia que produce sorpresas y decepciones.